

minotauro

RAY BRADBURY

CEMENTERIO
PARA LUNÁTICOS



RAY
BRADBURY
CEMENTERIO PARA LUNÁTICOS

minotauro

Título original: *Graveyard for Lunatics*

1990 by Ray Bradbury
All rights reserved

© Traducción de Laura Mahler

© Editorial Planeta, S. A., 1993
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com
ISBN: 978-84-450-0749-5
Depósito legal: B. 14.122-2020

Preimpresión: Pleca digital S. L. U.
Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

1

Había una vez dos ciudades dentro de una misma ciudad. Una era clara y la otra era sombría. Una era puro movimiento, mientras que en la otra era todo quietud. Una era cálida y la atiborraban luces siempre cambiantes. La otra era fría, y piedras la aseguraban al lugar. Y cuando el sol caía por la tarde en Maximus Films, la ciudad de los vivos comenzaba a parecerse al cementerio de enfrente, Green Glades, que era la ciudad de los muertos.

A medida que se apagaban las luces y todo quedaba quieto y se enfriaba el viento que corría entre los edificios del estudio, una increíble melancolía entraba por las puertas de los vivos y recorría las calles sombrías hasta el alto muro de ladrillos que separaba las dos ciudades dentro de una misma ciudad. De repente, las calles se llenaban de algo que era puro recuerdo. Pues aunque las personas ya no estaban, dejaban detrás estructuras pobladas de fantasmas de sucesos increíbles.

Porque se trataba de la ciudad más insólita del mundo, donde todo podía suceder y donde todo sucedía. En ella habían ocurrido diez mil muertes y, una vez producidas, la gente se levantaba riendo y se alejaba sin

prisa. Manzanas enteras de viviendas eran incendiadas y no se quemaban. Sonaban las sirenas, y los coches de la policía hacían chirriar los neumáticos al doblar las esquinas a toda velocidad, y luego los agentes se arrancaban el uniforme ajustado, se sacaban con crema el maquillaje naranja del rostro y regresaban caminando a los pequeños bungalós donde vivían, en ese mundo tan grande y en general tan aburrido.

Por aquí deambulaban dinosaurios, a veces miniaturas y a veces monstruos que se alzaban a veinte metros de altura, por encima de vírgenes semidesnudas que gritaban sin desentonar. Desde aquí partieron diversos cruzados que colgaron las armaduras y guardaron las lanzas a pocas calles de distancia, en Disfraces de Occidente. Desde aquí Enrique VIII hizo que rodaran unas cuantas cabezas. Desde aquí Drácula salía a merodear como carne y regresó como polvo. También se hallaba aquí el Vía Crucis y un reguero de sangre que se llenaba sin pausa mientras los guionistas gemían camino al Calvario con una pila de borradores que apenas podían cargar, perseguidos por directores con azotes y montadores con cuchillas afiladas como navajas. Desde estas torres, todos los días al ponerse el sol, se llamaba a orar a los píos musulmanes, mientras las limusinas se alejaban con un susurro ocultando poderosos personajes detrás de cada ventanilla y los campesinos desviaban la mirada por miedo a quedarse ciegos.

Puesto que todo esto es cierto, con más razón aún se puede creer que, cuando desaparecía el sol, se levantaban los antiguos moradores y la ciudad cálida se enfriaba y comenzaba a asemejarse a los senderos de mármol que se encontraban al otro lado del muro. A medianoche, en esa paz extraña que crean la temperatura y el viento y la voz de un reloj de alguna iglesia lejana, las

dos ciudades se unían por fin en una sola. Y el guardián nocturno era lo único que se movía, yendo de la India a Francia, pasando por las praderas de Kansas, los edificios de piedra marrón de Nueva York, Picadilly y los escalones de la Plaza España, haciendo un increíble recorrido de treinta mil kilómetros en escasos veinte minutos. En el momento mismo en que su colega del otro lado del muro fichaba en los relojes entre los monumentos, marcando la hora de entrada, iluminaba con la linterna a diversos ángeles helados, leía los nombres de las lápidas como si fueran los títulos de una película y se sentaba a beber el té de las doce con lo único que quedaba de un policía de película muda. A las cuatro de la mañana, con los guardianes dormidos, las dos ciudades, ordenadas y en su lugar, esperaban a que el sol saliera sobre las flores marchitas, las tumbas gastadas y la India de los elefantes lista para la superpoblación, si Dios el Director así lo quería y la Agencia de Actores cumplía con sus deseos.

Y esa era la situación en la víspera del Día de Todos los Santos del año 1954.

Halloween.

Mi noche favorita en todo el año.

Si no lo hubiera sido, no habría corrido a empezar esta nueva Historia de Dos Ciudades.

¿Cómo iba a resistirme a una invitación tallada con un gélido cincel?

¿Cómo podía no arrodillarme, aspirar hondo y soplar el polvillo que cubría el mármol?

2

El primero en llegar.

Había llegado al estudio a las siete de la mañana de ese día de Halloween.

El último en irse.

Eran casi las diez y hacía la última ronda de la noche saboreando el hecho simple, pero a la vez increíble, de que por fin estaba trabajando en un lugar en el que todo estaba perfectamente delimitado. Las cosas empezaban en un momento preciso y terminaban en otro, prolija y definitivamente. Afuera, más allá de los decorados, no me fiaba mucho de la vida, llena de sorpresas temibles y guiones malos. Aquí, caminando entre las calles al amanecer o al atardecer, podía fantasear con que abría el estudio y lo cerraba. Me pertenecía a mí porque yo lo decía.

De modo que recorrí un territorio de unos kilómetros de ancho por casi dos de largo, entre catorce estudios de rodaje y diez decorados de exteriores, víctima de mi propio romance y mi locura apasionada por el cine, que controlaba la vida cuando esta se salía de control del otro lado de las puertas de entrada de hierro forjado estilo español.

Era tarde pero había un montón de películas que debían terminar en la víspera del Día de Todos los Santos para que en distintos decorados se hicieran al mismo tiempo las fiestas y juergas de despedida. Música de las grandes bandas de jazz, risas, el estruendo de los corchos de champán y el canto de la gente salían de tres estudios que tenían los enormes portones corredizos totalmente abiertos. Dentro, las multitudes vestidas con el vestuario del rodaje daban la bienvenida a las multitudes de afuera, disfrazadas con los atavíos de Halloween.

No entré en ninguna de las salas; me contenté con sonreír o reír al pasar. Después de todo, puesto que creía que el estudio era mío, podía quedarme o irme a mi antojo.

Pero al volver hacia las sombras sentí dentro de mí una especie de vibración. Mi amor por el cine había durado ya demasiados años. Era como mantener una relación amorosa con Kong, que me sedujo cuando tenía trece años; nunca pude quitarme de encima ese pellejo latiente.

El estudio me cautivaba del mismo modo todas las mañanas al llegar. Pasaban horas hasta que lograba librarme del hechizo, respirar normalmente y ponerme a trabajar. A la hora del crepúsculo, volvía el encanto; me costaba respirar. Yo sabía que en un futuro no muy lejano iba a tener que salir, escaparme, irme y no volver nunca más o, como a Kong, que caía y daba por tierra una y otra vez, un día me mataría.

Dejé atrás el último decorado, donde el eco de las risas y la percusión sincopada hacían temblar las paredes. Un asistente de cámara pasó a mi lado montado en una bicicleta con una canasta cargada de películas, camino a ser sometidas a la autopsia de la cuchilla del mon-

tador que la salvaría o la enterraría para siempre. Luego, pasaría a los cines, o quedaría desterrada en los estantes a donde van a parar las películas muertas, donde solamente el polvo, y no la herrumbre, las une.

El reloj de una iglesia, en la cima de las colinas de Hollywood, dio las diez. Di la vuelta y regresé sin prisa a mi cubículo en el pabellón de los escritos.

La invitación para convertirme en un perfecto idiota me estaba esperando en la oficina. No tallada con un cincel en un bloque de mármol, no, sino mecanografiada prolijamente en un fino papel esquila.

Mientras la leía me desmoroné en la silla, el rostro frío y resistiendo la tentación de apretar el puño, hacer una bola con la nota y arrojarla al cesto.

Decía:

GREEN GLADES PARK. Halloween.

Hoy a medianoche.

El muro del fondo, al medio.

P. D.: Le espera una gran revelación. Material para una novela que hará furor o un guion fuera de serie. ¡No falte!

No soy un hombre de muchas agallas. Nunca aprendí a conducir. No viajo en avión. Las mujeres me dieron miedo hasta los veinticinco. Odio los lugares elevados: lo único que me inspira el Empire State es terror. Los ascensores me ponen nervioso. Las escaleras mecánicas muerden. Soy caprichoso con la comida. Comí el primer bistec a los veinticuatro años, habiéndome mantenido durante la infancia con hamburguesas, bocadillos de jamón y *pickles*, huevos y sopa de tomate.

—¡Green Glades Park! —dije en voz alta.

Por Dios, pensé. ¿A medianoche? ¿Yo, que fui atacado por una pandilla de delincuentes en plena adoles-

cencia? ¿El niño que se escondía bajo la axila de su hermano la primera vez que vio *El Fantasma de la Ópera*?

El mismo, sí.

—¡Imbécil! —grité.

Y fui al cementerio.

A medianoche.